

RECENSIONES

ALMIRANTE D. LUIS CARRERO BLANCO: *España y el mar*. Tomo III. «El mar en la Era Atómica». Instituto de Estudios Políticos. Madrid, diciembre 1964, 600 págs.

La obra *España y el mar* se ha convertido ya en un libro clásico, pues sus tomos anteriores han tenido el creciente éxito que justifica la existencia, casi exclusiva, de volúmenes glosando los problemas estratégicos, tácticos y logísticos que con el mar se relacionan, y en especial su interdependencia con España y su política.

El día antes de Navidad del año 1964 ha aparecido en el mercado el tomo III de la obra, con el sugestivo subtítulo de «El mar en la Era Atómica», que en sus 600 páginas ilustradas con 165 fotografías, informan al lector sobre múltiples cuestiones relacionadas con los dos elementos del título: el mar y la energía nuclear en su aspecto bélico y en aplicación directa al espacio marítimo.

Pero los razonamientos y estudios que dan forma y vida a las tesis del autor sobre cada una de las cuestiones, no se plantean sin antes haberse expuesto de forma didáctica admirable, los fundamentos, naturaleza y características de las armas que son sujetos de la acción. De esa forma, puede el lector no versado en temas militares y navales comprender perfectamente toda la compleja fenología bélica y penetrar en la entraña de los intrincados problemas actuales que se plantean después de un sintetizado, pero expresivo y riguroso bosquejo histórico y evolutivo.

La obra se divide en tres partes. La primera, dedicada al estudio de «El arma en la Era Atómica», muestra los progresos de los armamentos, señalando la evolución de la artillería hacia la cohertería y dedica casi un centenar de páginas al análisis de la constitución de los modernos misiles, intercontinentales y tácticos, en sus diferentes modalidades.

Realmente, la cuestión de los explosivos atómicos y de sus vehículos portadores ha sido un problema planteado desde el mismo momento de la primera explosión atómica en Alamo Gordo, en 1945. El explosivo atómico (bomba A) y después la bomba de Hidrógeno (bomba H) y la bomba FFF (fisión-fusión-fisión), han logrado una potencia que no tiene comparación posible con los explosivos clásicos. En cambio, el *vehículo portador*, quedaba muy retrasado si solamente podían emplearse proyectiles de artillería terrestre o naval, y aviones para el transporte y lanzamiento de tan potentes bombas. Para salvar estas acusadas diferencias, la ciencia militar ha logrado poner en servicio cohetes o misiles que son capaces de alcanzar extraordinarias velocidades de varios números Mach* y de recorrer grandes distancias intercontinentales. De esta forma

* El número Mach es la relación entre la velocidad de un móvil y la velocidad del sonido, la cual varía con la altura, disminuyendo desde 1.400 Km/h. a nivel del mar, a unos 1.200 Km/h. a 10 kilómetros de altura. Por ello, la velocidad dada en número Mach no es absoluta. El nombre recuerda al científico australiano Ernest Mach, que señaló la importancia de la velocidad del sonido en el año 1887.

RECENSIONES

se ha conseguido un perfecto equilibrio entre el arma, instrumento lanzador y el proyectil, pues en el cohete o misil se funden el arma y el proyectil, lográndose disponer de un medio rapidísimo, de muchísimo alcance, que al ser dotado de una cabeza nuclear es capaz de producir extraordinarios efectos.

Los medios atómicos y nucleares han encontrado en los cohetes el complemento necesario para hacer las armas más eficaces con que ha contado la humanidad hasta el momento. Por eso su empleo conjunto, cohetes con explosivo nuclear, señala un destacado jalón en la evolución de la historia de la guerra, que es tanto como decir en la historia del hombre.

En la segunda parte del libro, considera el almirante Carrero *la evolución de la Fuerza Naval* en los últimos veinte años, desde la terminación de la segunda guerra mundial, dedicando una especial atención a los submarinos de propulsión atómica dotados con el *motor único* propugnado por el almirante norteamericano Rickover, que sustituía al *motor diesel* para navegar por superficie o con Snorkel, y el *motor eléctrico* para navegar en inmersión, pero sujeto a muchas limitaciones en cuanto velocidad y autonomía.

Las hazañas de los submarinos atómicos, dando la vuelta al mundo en inmersión, cruzando el casquete polar o descendiendo a profundidades de 400 metros, son recordadas en el texto, en el que también se formula una hipótesis sobre las posibles causas determinantes de la pérdida del submarino «Thresher», que desapareció en el Atlántico.

Los submarinos de propulsión atómica dotados de misiles con cabeza nuclear «Polaris» han dado un nuevo aspecto a las acciones estratégicas y de disuasión, al no quedar parte continental importante fuera del alcance de sus proyectiles. Teniendo presente su alta velocidad en inmersión, unos 20 nudos, y su extraordinaria autonomía, se convierten a unas bases móviles de lanzamiento de misiles muy difíciles de localizar y destruir.

Los portaaviones, núcleo y corazón de las flotas actuales, son estudiados con detenimiento, al igual que la lucha antisubmarina, la defensa antiaérea naval, la aviación naval y toda la complicada técnica de las operaciones anfibia, en las que se explica al lector cómo se realiza la mecánica de una operación de desembarco, cuestión capital en la guerra moderna, en la que el mar juega, indudablemente, un papel decisivo.

Es singularmente interesante el capítulo dedicado a la Aviación naval, ya que toca un problema que se encuentra sometido a la dinámica de fuertes tensiones en muchos países y también en el nuestro, en el que empiezan a florecer artículos y comentarios en las revistas profesionales con opiniones contradictorias, sosteniendo unos la conveniencia de la Aviación centralizada en un Arma Aérea única y otros la necesidad de la Aviación naval y el Ejército.

El almirante Carrero Blanco analiza objetivamente las acciones aeronavales desarrolladas en la segunda guerra mundial en los espacios Mediterráneo, Atlántico y Pacífico, y tras dilatados razonamientos, argumenta la necesidad de la Aviación naval con estas palabras: «*Y como la mínima misión de una Marina, por modesta que sea, tiene que ser el asegurar, en caso de guerra, el tráfico marítimo necesario a la vida de su nación y el proteger los transportes de tropas que deban ser enviados a defender los territorios nacionales separados por la mar, resulta que cualquier Marina digna de tal nombre, es decir, capaz de cumplir la misión que justifica su existencia, necesita contar con medios aéreos a flote y en tierra, como un arma naval más entre todas las existentes, esto es, necesita una Aviación-naval. Podrá discutirse si un país necesita o no Marina, en razón de las características de su tráfico comercial y de los riesgos que puedan correr sus territorios separados por el mar; pero, si la necesita, lo que no es en modo alguno admisible es que esta Marina carezca de sus propios medios aéreos, porque una Marina moderna sin portaaviones, aunque sean simplemente ligeros y sin otra misión que la de apoyo, y sin Aviación naval, es algo tan anacrónico y tan inútil como pudiera ser hoy una flota de navíos de vela.*»

El problema orgánico de la dependencia de la Aviación naval es otro tema anali-

RECENSIONES

zado exhaustivamente en la obra, hasta llegar al caso español que está planteado, pero sin resolver.

La tercera parte del libro trata del «Mar en los problemas militares de nuestro tiempo», y su contenido es puramente doctrinal y político, tanto en lo que se refiere a política internacional, como a política española, y a la especialización política naval, que es centrada dentro del marco general de la Defensa Nacional como una parte integrante de un todo que constituye la política militar de un país, constituida por el conjunto de directrices a desarrollar en íntima coordinación con las acciones económicas, relaciones internacionales, etc., para el desarrollo de la vida nacional dentro del concierto internacional de los pueblos.

Las tensiones internacionales de nuestros días, provocadas por la amenaza comunista y la historia de las reacciones que han originado en el mundo libre, son objeto de cuidada atención, para entrar posteriormente en el campo puramente especulativo, a opinar sobre la posible forma de ser la próxima guerra mundial tercera, desarrollando la tesis de que para vencer a la U. R. S. S. no es suficiente el bloqueo marítimo, ya que Rusia no necesita del mar, sino que la única fórmula eficaz es la destrucción sistemática de sus fuentes de energía, industrias y comunicaciones terrestres, actuando de una forma fulminante desde el principio y con la máxima potencia bélica.

Todas las teorías desarrolladas sobre el futuro, aunque partan de experiencias ciertas, como son las enseñanzas de los anteriores conflictos, suelen ser de un valor relativo, ya que las constantes determinantes de la situación inicial prebélica evolucionan y son esencialmente diferentes al desarrollar el conflicto, al que sin duda se le podrá aplicar la conocida frase de que «cualquier parecido con otro anterior es pura coincidencia». Solamente el tiempo puede sancionar positiva o negativamente el valor de los argumentos expuestos, pero en todo caso, encierran un fecundo valor, ya que estas teorías mueven inquietudes, análisis y preocupación por problemas tan trascendentales como son aquellos que se relacionan con la Defensa Nacional.

Como resumen, podemos decir que la obra *España y el mar*, en sus tres tomos, constituye un dilatado y profundo trabajo en el que se exponen con cuidado y sistemática forma todas las cuestiones que se relacionan con el mar y su proyección en nuestra Patria. El tomo III, al que especialmente nos hemos referido, no sólo está a la altura intelectual de sus predecesores, sino que por la actualidad y vigencia de los temas tratados y las fotografías con que cuenta, resulta singularmente interesante para el profesional militar, cualquiera que sea el uniforme que vista, ya que el mar español es algo consustancial a nuestra vida, nuestro marco periférico y el camino a los otros trozos geográficos de la Patria. Asimismo, es obra de trabajo y consulta necesaria para el político y para el estudioso de los problemas de política internacional por la constante geoestratégica que el mar ha representado en todos los tiempos y países.

FERNANDO DE SALAS.

MORÁN, FERNANDO: *Nación y alineación en la literatura negroafricana*. Cuadernos Taurus. Madrid, 1964, 96 págs.

A pesar de que su título se refiere en gran parte a unos aspectos literarios, en realidad la palabra «literatura», en el libro de Fernando Morán, pudiera equivaler a «humanismo», en las tendencias colectivas como el mundo negro africano contemporáneo orienta sus convivencias y sus independencias. Respecto a este y otros sentidos complementarios, se trata de un manual densamente y valiosamente político, puesto que en él la política no sólo representa una acumulación de tendencias y acontecimientos, sino un repertorio de impulsos y determinaciones. Refiriéndose, por ejemplo, a los movimientos de masas, y las estructuraciones de partidos (muchas veces con propósitos de

violencia) que han inducido y siguen induciendo las autodeterminaciones en las ex colonias negras francesas e inglesas, no puede dudarse que casi siempre la literatura ha sido el primer fermento de las independencias. Como muchos de los nuevos Estados africanos tropicales carecían de tradiciones históricas, de homogeneidades étnicas e incluso de fronteras naturales bien definidas, las excitaciones literarias nutrían los programas y empujaban las manifestaciones populares.

Teniendo en cuenta estos antecedentes, uno de los mayores aciertos de la obra de Fernando Morán es el de comenzar por la afirmación de que durante las tres décadas más recientes, la literatura negroafricana en lenguas europeas ha sido una aportación de protesta y de descolonización. Casi toda la producción escrita del «negrismo» activo ha tendido a producir las mayores sacudidas sociales colectivas. A este respecto, el autor dice concretamente lo siguiente: «Se trata de un caso extremo de literatura comprometida, puesto que cuando el escritor occidental siente su obra como un compromiso con su situación, dicho compromiso se presenta desde una determinada ideología interpretativa del contexto social, que el escritor africano está obligado... a crear el conjunto de valores que deduce de él; en el plano racional de una unidad de sentido propiamente africano que debe elevar y racionalizar.» Esto quiere decir que como para llegar a formar síntesis pensadas ha habido que partir desde los residuos de una cultura popular y no-racionalista, la ideología y la acción del «negrismo» contemporáneo tienen que construirse a la vez y en bloque.

Una de las explicaciones de la necesaria simultaneidad en la fusión puede ser la realidad de que el fondo tradicional de la referida cultura popular no admitía separaciones entre la individualidad y la comunidad. Por esto las modernas relaciones entre las realizaciones del pensamiento expresadas literariamente, y las realizaciones políticas nacionalistas, suelen ser indispensables, e incluso empeñadamente buscadas o deseadas en la mayor parte de las ocasiones.

Así son muchos los motivos que explican cómo Fernando Morán coloca en el primer término de sus estudios sus análisis y su exposición, el problema de la descolonización. El motivo más urgente y comprensible, es naturalmente el de lo acuciante político. Pero mayor interés presenta el punto específico de que la situación colonial correspondía en general a toda dominación de un pueblo de mayores recursos técnicos y económicos, sobre otro pueblo que se encuentra en un nivel más bajo de desarrollo. Esto es algo aparte del hecho de saber dentro de qué Estados o qué fronteras se ejerce lo colonial propiamente dicho. Por eso, en el libro reseñado se consideran juntamente con las creaciones puramente africanas, las negroamericanas. Aunque a lo largo de los capítulos del ensayo se marquen aquellas diferencias culturales de las zonas africanas y americanas; diferencias que provienen de los distintos grados de la técnica, el mestizaje y los cuadros políticos e institucionales.

En los comienzos de las planificaciones ideológicas, tanto como en los acicates a las actuaciones de características nacionalistas, la «descolonización en los Estados negros de independencias recientes exige un programa de tres etapas necesarias. La primera se propone reconstituir la autonomía mental africana, recuperando y revalorizando todo lo susceptible de modernización en los anteriores valores culturales no coloniales. La segunda tiende a borrar o curar los traumas y las sensaciones de desposeimiento radical, que entre los africanos de color se han producido tanto por los aspectos conquistadores de la colonización como por las asimilaciones forzadas de las minorías de «evolucionados» dentro de los encuadramientos coloniales. Y por último, la tercera se refiere a los esfuerzos que, en el estado colonial, y en el momento de la pugna por la consolidación de la independencia, tienen lugar para que por medio de la acción y hasta de la revuelta se borren todos los vínculos políticos que impidan el desarrollo de la cultura autóctona.

Desde un enfoque político general e internacional, los principales inconvenientes de tal literatura propagandística son los de que no sólo tipifican, sino que caricaturizan y a veces desvían los propósitos iniciales de los ideólogos de color. Esto se ha exagerado entre los negros antillanos y estadounidenses, pero ahora se extiende también entre los del pequeño mundo sub-sahariano. A este respecto señala acertada-

RECENSIONES

mente Fernando Morán que dichos mitos compensadores pueden ser un freno en vez de un acicate, cuando no se trate de descolonizar, sino de construir las nuevas nacionalidades. Así, dice que bajo lo colonial o la discriminación racial, los referidos mitos compensadores tienen funciones concretas de permitir reagrupaciones y salvar fosos de indigencias culturales; pero que sus idealizaciones exageradas ocultan las soluciones constructivas que deberán emprender las nuevas generaciones que construyan las independencias.

Las independencias hacen que las categorías homogenizadas ideales, imaginadas por la «negritude» en lengua francesa, y la «african personality» en lengua inglesa, muestren la necesidad de que el negrismo ideal y compacto se articule a la medida de las diversas realidades locales. Hasta que no se ha llevado a cabo la descolonización política (por medio de independencias estatales, autogobiernos y formas de socializaciones regionales) era imposible todo análisis riguroso para distinguir las diferencias que estaban latentes bajo la supuesta unidad cultural afronegra. Pero Fernando Morán hace observar, muy atinadamente, que ahora las generalizaciones comienzan a no ser admisibles, porque en todo el ámbito del África subsahariana se están produciendo y desarrollando varios grandes hechos diferenciadores.

Los principales son los cinco siguientes: 1) haberse superado en la mayoría de los países africanos el estatuto de colonias, permaneciendo en otros; 2) gozar de derechos políticos y de igualdad real unos negros y otros no; 3) iniciarse conflictos entre países africanos, potenciando los dirigentes las culturas nacionales como elementos defensores frente al interior, y excluyentes frente al exterior; 4) aparecer junto a la unidad nacional, divisiones de clases entre los mismos africanos, con sus consecuencias culturales normales; 5) subsistencia de una solidaridad africana y de color frente a la potencias blancas en la forma de panafricanismo político, a la vez que el nacionalismo está desencadenando sus consecuencias individualizadoras.

En realidad, el mayor conjunto de problemas de las evoluciones y reestructuraciones, tanto políticas como psíquicas, sigue siendo el de saber si (a pesar de todo) existe una unidad cultural negroafricana. Objetivamente, el ensayo de los «Cuadernos Taurus» hace notar que por lo menos existen dos sectores de estudio diferentes, en la realidad humana actual. Uno es el de aquellos países donde las independencias se han montado gracias al abstracto de las estructuras tradicionales, las cuales se han mantenido gracias a que en ellos la colonización europea fué de tipo comercial, no de asentamiento. El segundo sector incluye las áreas en que imperan o han imperado núcleos de pobladores blancos instalados en las zonas con intenciones de carácter definitivo. Fernando Morán incluye en este grupo a la Unión Sudafricana, Rhodesia del Sur y las zonas portuguesas principalmente (aunque también queda algo de esto en Kenya). En todos estos sitios difieren las formas de institucionalización del predominio de los núcleos blancos. Pero tienen de común el hecho de que las evoluciones del negrismo se manifiesten en ellas por la aparición de una serie de formas de expresiones africanas suburbanas, generalmente producidas por contradicciones entre tensiones de separación y fusión. Sobre todo en la República de Suráfrica, respecto a la cual este libro señala y subraya las curiosas coincidencias externas con las tendencias del negrismo norteamericano.

Al final de los capítulos se muestran, como armas de defensa y reajuste negro en los países de conflictos y tensiones, ciertas curiosas reacciones, como la llamada «dignidad del pordiosero». Es aquella que se produce cuando el negro deprimido u oprimido no saca de su situación una impresión de fracaso, sino un acicate de orgullo y un deseo furioso de potenciar su «africanidad, no pérdida, aunque acosada». De todos modos, junto a los factores de violencia subsisten otros valores más positivos, como la aspiración a una sociedad multirracial y pluricultural donde lo afronegro conserve, sin embargo, unas líneas directrices, a causa de la ley del número.

En resumen, la obra *Nación y alineación en la literatura negroafricana* tiene respecto a sus derivaciones políticas un doble valor de testimonio y encuadramiento. Porque coloca los hechos casuales de la actualidad cambiante dentro de unas líneas

RECENSIONES

geopolíticas racionales. Y porque proclama el valor supremo de aquellas corrientes del pensamiento que provocan la acción, sobre los compromisos sucesivos de las paulatinas construcciones estatales.

RODOLFO GIL BENUMEYA.

DURICA, MILAN STANISLAV: *La Slovacchia e le sue relazioni politiche con la Germania, 1938-1945*. Tomo I. Padova, 1964, Marsilio Editori, Università degli studi di Padova. Collana di studi sull'Europa orientale, XV-274 págs.

Histórico-internacionalmente, la Europa de 1938/1939-1945 ha sido sometida, hasta ahora, a una serie de «operaciones científicas» cuyo resultado es, objetivamente, negativo, superficial y hasta contradictorio a determinados hechos que se habían dado y luego se negaría su existencia según los fines perseguidos a partir de 1945 por los vencedores. Sin embargo, cuando se estudia la situación europea en general, que condujo a la segunda guerra mundial, desde el punto de vista de un país particular envuelto directamente en los acontecimientos, y sin haber influido en su exteriorización, el correspondiente cuadro de investigaciones viene completándose, poco a poco, de argumentos que no pueden ser ignorados ni por los historiadores ni por los internacionalistas. Buena prueba de ello es el caso de Eslovaquia, especialmente en sus relaciones con la Alemania de Hitler.

Puesto que Eslovaquia fué incorporada, a raíz del último conflicto mundial, a la nueva República Checo-Eslovaca de Benes y Gottwald (frente popular de liberales y comunistas), un estudio concienzudo del problema eslovaco implica una serie de dificultades difícil de superar por un observador que no sea especialista en cuestiones centroeuropeas. Se trata de una cuestión muy delicada, precisamente desde el punto de vista del derecho de autodeterminación de pueblos: los gobernantes checos afirman que la realización de este derecho para los eslovacos se había llevado a cabo con su existencia como pueblo dentro de la existencia de Checo-Eslovaquia. Algunos políticos eslovacos, sobre todo de entre los protestantes y comunistas, son de la misma opinión, aunque reivindican para Eslovaquia un extraño derecho de autodeterminación autonomista sin posibilidad de separarse del régimen de Praga. Es decir, piden sólo una realización parcial y no completa de dicho derecho. Sin embargo, la absoluta mayoría de los cuatro millones y medio de eslovacos que viven dentro de las fronteras «checoslovacas» no están dispuestos a quedarse en medio camino de desarrollo nacional, político, económico e internacional. Pretenden ser independientes y como tales formar parte de la gran familia de pueblos europeos dentro de una confederación continental, y si no fuera posible, dentro de una confederación danubiana, sin que se les impongan regímenes coloniales radicados en los países vecinos.

Ahora bien, en los últimos diez años se han publicado varias obras sobre Eslovaquia: 1. J. M. Kirschbaum: *Slovakia: Nation at the Crossroads of Central Europe*, Nueva York, 1960. 2. G. L. Oddo: *Slovakia and its People*, también N. Y., 1960, acogidas por la crítica internacional muy positivamente. Además, J. A. Mikus publicó en 1955, en París, una historia de *Eslovaquia*, desde la primera guerra mundial hasta 1950, bajo el título de «La Slovaquie dans le drame de l'Europe», cuya segunda edición, ya en inglés, apareció hace dos años en los Estados Unidos. La obra del profesor Durica completa la serie precisamente en su aspecto político-exterior, y faltan, por lo tanto, obras sobre este país en español y en alemán.

Se trata del primer tomo de una trilogía que, una vez terminada, comprenderá las siguientes etapas de las relaciones eslovaco-germanas: 1. Octubre 1938-septiembre 1939. 2. Septiembre 1939-junio 1941. 3. Junio 1941-abril 1945.

Esta primera etapa es, sin duda alguna, uno de los períodos más dramáticos para

RECENSIONES

la existencia nacional y política de Eslovaquia durante aquellos meses de tensión internacional en que la Alemania de Hitler fué apoderándose de países y pueblos europeos sin derramar sangre. Después de la caída de Austria, los problemas cada vez más agudos de la «pequeña Austria-Hungría», de Checo-Eslovaquia, cuya solución había sido rechazada repetidas veces por Masaryk y Benes, se fueron ofreciendo a Berlín como un objetivo más para engrandecer las expansiones territoriales del Tercer Reich. Eslovaquia se encontró ante tres alternativas: 1. Ocupación alemana, igual que los países checos de Bohemia-Moravia-Silesia. 2. Incorporación a la Hungría de Horthy. 3. Independencia. Una cuarta posibilidad consistía en formar parte de Polonia como «Estado independiente». Según es sabido, escogió la aplicación del derecho de autodeterminación por medio de la decisión del Parlamento del «Estado Eslovaco autónomo», el 14 de marzo de 1939. Porque desde el 6 de octubre de 1938, Eslovaquia ya no era una provincia o región checa, sino un Estado libre que formaba parte de la «Segunda República» de Checo-Eslovaquia, que era una federación. El tratado internacional de Munich contribuyó mucho a que los problemas internos de Checo-Eslovaquia se solucionaran, aunque por un período muy breve, precisamente de esta manera. Conseguida la autonomía, por la cual Eslovaquia luchaba desde antes de la creación de Checo-Eslovaquia, era natural que diera un paso más, el decisivo, hacia una independencia que, a razón de los acontecimientos internacionales, no esperaba conseguir tan rápidamente. Estos acontecimientos habían acelerado el proceso de su progreso político y la autoconservación ante el peligro nazi la forzó a obrar realísticamente, aunque acto seguido tuvo que aceptar una protección germana (no protectorado) en cuanto a su integridad territorial y soberanía nacional (el famoso «Schutzvertrag» entre el Reich y Eslovaquia). ¿Era posible hacer más a favor de la salvación de un país en el momento en que los países como Polonia, Francia, Bélgica, Holanda, etc., fueron sucumbiendo ante las exigencias de Berlín? Nos encontramos ante un hecho verdaderamente único, y digno de estudio, en la historia de las relaciones internacionales. Un país, privado de casi un millón de habitantes a consecuencia del «arbitraje de Viena» y la agresión magiar contra la Eslovaquia Oriental tres días después de haber reconocido Budapest *de iure* y *de facto* al Gobierno independiente de Bratislava, no llegando ni siquiera a tres millones de habitantes, logró incorporarse a la sociedad de naciones sin provocar conflictos bélicos, y sin ser absorbido por un Imperio que contaba con 80 millones de habitantes. A pesar de ello, los liberales y comunistas checos presentaron este hecho como un «crimen de guerra» y los aliados aceptaron sin objeción alguna la argumentación facilitada por Praga. Por esta razón, mientras se concede independencia a pueblos africanos y asiáticos, en Europa existen pueblos que no tienen la libertad de reclamar los derechos de autodeterminación (países bálticos, Eslovaquia, Croacia, Eslovenia, Ucrania, Bielorrusia, etc.). También desde este punto de vista, el libro del profesor Durica es muy positivo, ya que, en líneas generales, siempre es posible, sin incurrir en errores, defender el fondo de lo europeo en virtud de los principios que se nos ofrecen por parte del Derecho y de la Moral internacionales.

No nos extrañaría que el estudio aquí comentado encontrase un debido eco en ciertos círculos de la política internacional. Nos referimos a círculos que no han renunciado, todavía, a la defensa de los valores que han configurado el curso de la historia. Porque si el trabajo se refiere a un caso concreto (Eslovaquia), se refiere al mismo tiempo a Europa, a su cuerpo orgánico, a su cultura y civilización, a su razón de ser. Propiamente dicho, no es el siglo XIX, ni el XX, el fondo que determina la exposición de Durica, sino el pasado visto desde los horizontes del futuro, o que es lo mismo, el futuro visto desde los horizontes del pasado. Y si tuviéramos que dar un ejemplo concreto, tendríamos que referirnos al «Siglo de Oro» representado por los internacionalistas desde F. de Vitoria hasta F. Suárez. Consciente o subconscientemente, el autor obra según estos principios. Creemos que no puede haber mejor prueba del valor de su estudio, de este primer tomo de la obra, referente a la política exterior eslovaco-germana en 1938, 1939, que la de evocar a los internacionalistas más destacados de la civilización occidental.

RECENSIONES

Durica estudia la cuestión «eslovaca» sin pasión, sin intereses particulares, guiado únicamente y exclusivamente por la vocación profesional de servir a la verdad histórica, por un lado, y a un verdadero entendimiento internacional, por otro. Destacan dos problemas: 1. El proceso de independencia, desde el 6 de octubre de 1938 hasta el 14 de marzo de 1939. 2. La defensa de la independencia contra los peligros que venían sobre todo desde el exterior vecino. Ochenta y cinco documentos inéditos constituyen una base en la cual no se puede dudar al considerar objetivamente el problema del pasado y del presente de Eslovaquia, todavía malentendidos por internaciona- listas e historiadores en lo referente al alcance de lo que un pueblo «olvidado» pueda contribuir a otro «exaltado» históricamente... Implícitamente, el autor ofrece su obra a las nuevas generaciones que encuentren la vocación de servir al bien común universal. Por cierto, el mundo se hace cada vez más pequeño y a la vez más interesante. Y de esta manera, todos los pueblos encontrarían su correspondiente sitio dentro de la comunidad internacional.

S. GLEJDURA.

The Grand Design, Proceedings of the Institute of World Affairs, Universidad de Southern California, Los Angeles, 1964, 297 págs.

En los momentos en que es posible, por lo menos, pensar en un mundo que descansa sobre unos cimientos que pudieran no ser lo suficientemente recios para resistir bien las sacudidas de un proceso de complicación y «escalation» de las cosas de la paz y de la guerra con situaciones de perspectivas tan inciertas como el estado a que han llegado las Naciones Unidas y los esfuerzos por contener la expansión del comunismo por el Sudeste Asiático, es una experiencia llena de interés—a veces emoción también—la lectura de estos «proceedings» de la XL sesión del Instituto de Asuntos Mundiales celebrada en Pasadena, California. Pudo haber sido una coincidencia extraordinaria, casi fatídica, la circunstancia de que cuando ya todo estaba preparado y a punto, cuando no había posibilidad alguna de dar la vuelta para examinar con algún detenimiento un panorama que muy bien podía amenazar ruina, el presidente de los Estados Unidos, John F. Kennedy, era asesinado. El magnicidio, que se tradujo en una onda de emoción que estremeció al mundo, se produjo el 22 de noviembre de 1963. Esta sesión, de la que ha salido un tomo al que se da el título ambicioso de *The Grand Design*, se celebró entre los días 1 y 4 del mes de diciembre siguiente.

Desde un punto de vista puramente intelectual, la coincidencia podría compararse con la que se produjo cuando Napoleón se escapó de la isla de Elba para dar comienzo a unos Cien días famosos y crear, por supuesto, un estado de tremenda confusión en torno a la mesa de las conferencias donde, desde hacía tantos meses ya, se venía dando forma a un «gran diseño». En aquella ocasión fué la espada del gran corso la que cortó, aunque fuese sólo de una manera provisional, el hilo con que se quería tejer el cañamazo sobre el cual se habría de ir edificando y desarrollando la obra ordenada y pacífica de una Europa—de un mundo más bien—sometida a la vigilancia y protección de la Santa Alianza.

Por razones que tienen poco, nada prácticamente, que ver con el Congreso de Viena en sí, y mucho, sin duda, con la rápida ascensión de las riquezas y el poder de Inglaterra, ha sido posible, de una manera u otra, establecer alguna forma de asociación y relación entre el Congreso de Viena y lo que vino después, todo un siglo. Y por razones que se hacen un poco más acuciantes cada día y que están notoriamente a la vista—y los sentidos—de todos, resulta tentador, acaso irresistible ya, el volver, en actitud nostálgica, la atención hacia el pasado.

Resulta fácil comprender entonces la idea central no menos que la preocupación

RECENSIONES

de esa reunión de profesores, historiadores y especialistas de muy diversa naturaleza reunidos en California bajo la dirección del profesor James T. Watkins IV, de la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad de Stanford. Porque, advierte, ya en el prólogo, «donde los cañones de aquel agosto de 1914 redujeron a ruinas el hermoso edificio cimentado en la *acte finale* del Congreso de Viena, que barrió el imperio napoleónico, de corta duración, y con ello redujo al tono pálido de un resplandor apagado los primeros efectos de la Revolución Francesa, la destrucción del sistema del siglo XIX, orgullosamente recibido y pobremente comprendido, un centenar de años más tarde, no ha sido seguida por la construcción de edificio alguno comparable para ocupar su lugar, aun cuando con la Sociedad de Naciones primero, y después de una nueva destrucción forjada por los aviones de bombardeo en picado de aquel septiembre de 1939, con las Naciones Unidas se tuvo el propósito de que así se hiciese. En ausencia de alguna tabla de valores de aceptación general, alguna convicción común de la verdad que los hombres han de servir para vivir, faltan los lazos ideológicos sin los cuales no es posible la existencia de una estructura política viable».

Es natural, sobre todo en los Estados Unidos, pensar en los grandes antecedentes históricos, en esos períodos que, vistos retrospectivamente, ofrecen a la contemplación de lo sentidos, grandes, dilatados remansos de orden y sosiego que resultan tanto más atractivos y codiciados cuando se tiene la sensación de vivir en un mundo tormentoso y turbulento y, además, cuando se tienen riquezas, poder y atribuciones para presidir—imponer incluso—un período semejante de estabilidad y, si se quiere, armoniosa jerarquización.

Por lo menos desde un punto de vista intelectual—y muy probablemente desde un punto de vista pragmático también—no hay nada sobre lo que ese «Grand Design» del malogrado presidente Kennedy suponía y significaba: nada menos que la aceptación total y definitiva de la palabra de los Estados Unidos. Es verdad que se empezó con un tropiezo grave—precisamente en Viena, donde se celebró una importante entrevista de Kennedy con el primer ministro soviético de entonces, Nikita S. Jruschev—, pero los Estados Unidos tenían poder y les sobraban riquezas, y el presidente Kennedy tenía voluntad y le sobraba imaginación.

Lo malo, lo realmente grave, no estaría, pues, por el lado de la resistencia soviética, ni de las dificultades que Charles De Gaulle, que también parecía soñar con un «gran diseño» propio, ya que en un último recurso siempre se podría descansar en la mucha, acaso irresistible, autoridad que da el poder y los intereses que lo han hecho posible. Después de todo, ¿por qué a los Estados Unidos, la mayor potencia que el mundo había conocido hasta entonces, le había de estar prohibido hacer lo que otras grandes potencias habían hecho? Si una circunstancia así llegase a imponerse, sería sólo a causa del carácter timorato de sus dirigentes.

Pero se cruzó la fatalidad en el camino y para el momento en que se iniciaron unas sesiones con todo preparado y dispuesto para asentar sobre una sólida base intelectual—profesional—, los cimientos del «Gran diseño», la expresión apropiada, aunque nada original, para lo que históricamente pudiera considerarse como el proyecto deliberado de la iniciación de un largo período de *Pax Americana*, ya no se podía conseguir que hablase, directa o indirectamente, el presidente Kennedy. Era forzoso encontrar algo que encajase mejor en aquel momento trágico. Hacia ese lado volvió la atención Harlan Cleveland, un director general del Departamento de Estado, al citar al nuevo presidente, Lyndon B. Johnson, para tomar una frase del discurso que había pronunciado muy poco antes, en una sesión conjunta del Congreso: «John Fitzgerald Kennedy vive en las palabras inmortales y la obra que deja detrás de sí.»

Se advierte por aquí que hay dos cosas de importancia fundamental: palabras y obras. «Incluso sin el ácido de la tragedia—explicó Mr. Cleveland—el presidente Kennedy se encuentra compitiendo ya con Winston Churchill por el honor de ser el proveedor de frases memorables.» Pero si la frase es, ciertamente, importante, hay una cosa que lo son en mayor grado aun: la obra, por ejemplo. Y acaso también «los destellos de penetración que han acelerado el ritmo de nuestras mentes».

RECENSIONES

Con Kennedy en la presidencia parecía que los Estados Unidos entraban en una fase nueva y, sin duda, gloriosa de una vida para la cual les había preparado, casi sin darse cuenta de ello, un destino que pudo haber sido generoso con ellos como no lo había sido todavía con pueblo o país alguno hasta entonces. Se contaba, por supuesto, con unos cimientos sólidos no menos que anchos sobre los cuales levantar el edificio de un «Gran diseño», que si en realidad era lo que convenía a los Estados Unidos, o lo que se estaba necesitando, ¿no sería también en interés general de los demás? Porque, en definitiva, como había dicho el presidente Kennedy y Mr. Cleveland recordó en esta ocasión, «tanto los Estados Unidos y sus aliados como la Unión Soviética y sus aliados comparten mutuamente un profundo interés en una paz justa y genuina y en la interrupción de la carrera de los armamentos. Los acuerdos con este fin son de interés para la Unión Soviética no menos que para nosotros y se puede incluso tener la seguridad de que hasta las naciones más hostiles acepten y mantengan esas obligaciones contractuales y sólo esas obligaciones contractuales que sirven sus intereses».

Lo que estaba siendo una necesidad práctica que al fin parecía haber encontrado al hombre capaz de emprender, quizá terminar también, su realización, tenía asimismo, por supuesto, una justificación más honda y permanente. De su demostración se encargó uno de los muchos participantes de esta reunión, Leonidas C. Contos, deán de la catedral ortodoxa griega de Santa Sofía, de los Angeles, con el desarrollo del tema resumido en la expresión que dió título a un documento salido de una conferencia religiosa celebrada años atrás: «El desorden del hombre y el diseño de Dios». Quería de esta manera resumir, según sus propias palabras, un «estado de turbación mental y la conciencia dolorida de la Iglesia cristiana». Porque, sin una justificación moral, ¿qué valor tienen los proyectos de los hombres? No en valde el sistema que se había preparado en el Congreso de Viena había recibido el nombre de Santa Alianza.

Porque, después de todo, «la cuestión final está relacionada no con la grandeza visible y demostrable del Gran Diseño, sino con las fuerzas morales que lo hacen posible y le dan significación; no porque el hombre haya sido hecho a la imagen de su Creador, sino para recurrir a una fundamental frase de teología griega, porque está destinado a recuperar la perfección moral que ha sido suya y para entrar en la semejanza de Dios, al reconciliar ese desorden que hay en él y en su palabra, que es la consecuencia de su desobediencia».

Es posible que la muerte del presidente Kennedy haya sido una tragedia por partida doble: por el hecho en sí, tan brutal y extraordinario, y por el estado de confusión aparente en que ha quedado, en que todavía se encuentra, su gran proyecto. Desde este punto de vista por lo menos, este libro, en el que se recoge toda la tarea principal de esta sesión del Instituto de Asuntos Mundiales, es parte de la historia que todavía está en pleno desarrollo, pero que deja también la impresión de estar orientándose hacia otros derroteros que los del Gran Diseño del asesinado presidente Kennedy.

JAIMÉ MENENDEZ.